

DEVENIRES

REVISTA DE FILOSOFÍA Y FILOSOFÍA DE LA CULTURA

Artículos

JAIRO VLADIMIR SANDOVAL MOTA Filosofía y poesía como estilos de pensamiento

EMILIO MÉNDEZ PINTO La filosofía política realista de Raymond Geuss:
una exposición crítica

Dossier

Apuntes desde la teoría
y la crítica literaria de género

GLORIA FLORES RUBIALES Salmà Sã'ig y Salwà Salâma 'Atlas:
dos escritoras del Mahÿar en Brasil

UTE SEYDEL Manuela Ballester: pintora,
poeta y luchadora antifascista

BERENICE ROMANO HURTADO Hijas abyectas de una madre-falta:
Mandíbula de Mónica Ojeda

GUADALUPE FLORES GRAJALES Vejez y enfermedad en *Como caracol...*
de Alaíde Ventura Medina

GLORIA MARÍA PRADO GARDUÑO De la vivencia a la autobioficción.
Las Malas de Camila Sosa Villada



VEJEZ Y ENFERMEDAD EN *COMO CARACOL...* DE ALAÍDE VENTURA MEDINA

Guadalupe Flores Grajales
Facultad de Letras Españolas - Universidad Veracruzana
genegflores@yahoo.com.mx

Resumen: Alaíde Ventura Medina (Xalapa, 1985) en su primera novela, *Como caracol...* –premio Gran Angular 2018–, explora el reencuentro de una niña con su abuela, que enfrenta un estado de transición hacia el alzhéimer. Mediante el relato de la enfermedad, la autora liga el pasado y el presente afectivo, corporal y simbólico. La pérdida de memoria de la abuela conlleva una pérdida de autoestima y de identidad, y deteriora el estado físico y emocional de la familia. No obstante, la autocompasión y la desacreditación social son sustituidas por la propuesta digna de la abuela ante la vejez, la enfermedad y la muerte. La necesidad de depender del otro, el deterioro físico debido a la enfermedad y la pérdida de memoria, que trae como consecuencia el temor ante la ausencia de autonomía, hacen del individuo un sujeto frágil y vulnerable psíquica y socialmente. Pero el alzhéimer también permite que la historia familiar se construya y deconstruya: se develan secretos, ausencias y rencores. Así, la presencia de la enfermedad da paso a una nueva forma de convivencia, identificada como del afecto (Pons y Guerrero, 2018) ante la vejez y la enfermedad, en conjunción con el desgaste físico y emocional.

Palabras clave: alzhéimer, autonomía, autoidentidad, convivencia, afecto.

Recibido: abril 1, 2022. **Revisado:** junio 24, 2022. **Aceptado:** noviembre 28, 2022.

OLD AGE AND ILLNESS IN ALAÍDE VENTURA MEDINA'S *COMO CARACOL...*

Guadalupe Flores Grajales
Facultad de Letras Españolas - Universidad Veracruzana
genegflores@yahoo.com.mx

Abstract: In her debut novel, *Como caracol...* –winner of the prize Gran Angular 2018–, Alaíde Ventura Medina (Xalapa, 1985) explores the reunion of a girl with her maternal grandmother, who is transitioning into Alzheimer's disease. Through the narration of the onset of the illness the author links the past with the affective, bodily, and symbolic present. The grandmother's memory loss translates into a loss of self-esteem and self-identity, and into a deterioration of the physical and emotional wellbeing of the family. Nevertheless, self-pity and social discredit are replaced by the grandmother's dignified proposal in the face of old age, illness, and death. Dependence on others and physical deterioration turn into the fear of losing autonomy and renders the individual fragile and a vulnerable both socially and psychologically. Yet Alzheimer's also forces a reevaluation of family history: secrets are revealed, absences and resentments are explained. Thus, the illness brings about a new form of coexistence called "of affect" (Pons and Guerrero, 2018), to face old age, illness, and physical and emotional wear.

Keywords: Alzheimer's, autonomy, self-identity, coexistence, affect.

Received: April 1, 2022. **Reviewed:** June 24, 2022. **Accepted:** November 28, 2022.

Lo peor de hacerte mayor es que cuando crees que ya lo sabes todo... se te empieza a olvidar.

MAFALDA

Nosotros llevábamos diez años fantaseando con su muerte —con la segunda, pues dice Arnoldo Kraus que el alzhéimer te obliga a morir dos veces—. Al principio esas epifanías eran tristes —la persona que amábamos se diluía gradualmente entre alteraciones lastimosas que aún no es momento de relatar—, mas pronto se revistieron de una tímida resignación que acabó convirtiéndose en el anhelo pleno, honesto, impaciente, egoísta, de que la abuela se retirara del mundo y nos regalara su descanso.

ALAÍDE VENTURA MEDINA (2020)

I

Este artículo presenta una reflexión sobre el tema de la vejez y la enfermedad en la novela *Como caracol...* de Alaíde Ventura Medina. En la historia se puede observar que la vejez tiene ciertas etapas que impactan en la vida de quien la vive, pero también tiene un efecto importante en las personas que rodean al anciano, sobre todo cuando éste cae en un proceso de dependencia fisiológica, emocional y mental. En este trabajo, revisaremos la perspectiva interior —la del viejo— y la exterior, esto es, lo que lo rodea. En este caso, la familia de la abuela, especialmente su relación con la nieta. De este modo, Alaíde Ventura explora la relación abuela-nieta y todo lo que se desprende de ahí. Por ejemplo, la forma de construir una figura materna, la identidad propia y la unión afectiva de la familia.

Para lograr la revisión propuesta, iniciamos con una mirada de lo escrito por Simone de Beauvoir (1920), con el fin de determinar con qué

perspectiva se ve a la vejez en la época contemporánea. Así, en su libro *La vejez*, afirma:

La imagen sublimada que se propone de ellos (los viejos) es la del Sabio aureoleado de pelo blanco, rico en experiencia y vulnerable, que domina desde muy arriba la condición humana; si se aparta de ella, caen por debajo: la imagen que se opone a la primera es la del viejo loco que chochea, dice desatinos y es el hazmerreír de los niños. De todas maneras, o por su virtud o por su abyección, se sitúan fuera de la humanidad (p. 10).

Es así que Beauvoir observa una dicotomía: por un lado, el viejecito sabio, con su “cabecita blanca”, orgulloso de sus arrugas y poseedor del conocimiento adquirido con su experiencia de vida; por otro, quien “sufre” el desgaste físico, de tal manera que se vuelve objeto de burlas y es calificado de viejo loco. Ahora bien, respecto a esta última perspectiva, se puede decir que la vejez se relaciona con el deterioro físico-mental, lo que conlleva que, en automático, el viejo sea calificado como “enfermo”, independientemente de si su detrimento es corpóreo o psíquico. Finalmente, según el grado de “enfermedad” que le sea detectado lo más probable es que el pensamiento de quien convive con el provecho se dirija hacia la idea de la muerte. Por ende, desde el punto de vista social el anciano muestra y padece un cambio de vida radical –el cual puede suceder de la noche a la mañana o de manera escalonada–. Por ejemplo, otros comienzan a decidir por él, por su cuerpo y por su identidad, de tal modo que, en muchas ocasiones, literal y simbólicamente es arrumbado, desechado o bien es calificado como inútil para seguir participando en sociedad. Al respecto, Dulce Suaya (2015) comenta:

La condición biológica y el enclaustramiento social progresivamente aíslan al viejo: de sus amigos, de sus hogares, de sus actividades laborales. Entre los recién llegados a la tercera edad es donde más se evidencia este malestar psíquico y físico. Nuevos procesos orgánicos acontecen, nuevas funciones sociales advienen y el pasado comienza progresivamente a ganar peso frente a un horizonte de futuro cada vez más limitado (pp. 621-622).

Por consiguiente, se pueden distinguir dos tipos de marginación: una biológica, en donde los cambios en el cuerpo conllevan la transformación del estilo de vida; y una social, marcada por un hecho doloroso: ya no es él quien decide sobre su entorno pues, de forma frecuente, es apartado del resto de la familia y se le niega toda capacidad de integración social.

Es así que la vejez llega, en muchas ocasiones, a ser sinónimo de enfermedad; lo cual provoca que, según José María Sillero de Cañete (2000), el viejo, al igual que el enfermo, sea tratado como un sujeto de segunda. Sin embargo, Beauvoir considera que la enfermedad no es igual a la vejez, ya que la primera “anuncia su presencia y el organismo se defiende contra ella de una manera a veces más perjudicial que el propio estímulo; existe con más evidencia para el sujeto que la sufre que para quienes le rodean, que a menudo desconocen su importancia” (p. 352); mientras que la segunda resulta de un proceso biológico normal. Mas, a pesar de que una y otra no son lo mismo, la sociedad sí las considera equivalentes, lo que hace que el anciano termine aceptando su calidad de “enfermo”, por diversas razones, la mayoría de ellas ajenas a él mismo. Sobre este particular, Beauvoir menciona un estudio realizado por el doctor A. Ciusa, del Instituto de Geriátrica, quien identifica dos motivos por los que la gente longeva no hace valer sus derechos de protección:

1º No se dan cuenta del momento en que su estado se vuelve patológico: los trastornos, incluso graves, les parecen inherentes a la edad; 2º Han adoptado una actitud pasiva de renunciamento, mucho más frecuente que la actitud contraria de exasperación de las preocupaciones. Esta actitud deriva de un sentimiento de inutilidad (p. 354).

Con esto, se puede visualizar que, lamentablemente, la vejez es pensada –más por el otro que por el viejo mismo– como una experiencia negativa, o bien, se equipara a un movimiento regresivo o una pérdida de la vida que, de forma irremediable, acerca al individuo a la muerte. Esta concepción de la vejez, por lo general, se configura por la opinión del entorno y no por la del individuo mismo, quien, al final, termina aceptando que, en efecto, “está enfermo” y, por lo tanto, cercano a ex-

pirar. Todo esto, en su momento, lo comentó Arturo Lozano Cardoso (2009), cardiólogo y geriatra, quien, en “El movimiento, el tiempo y la vejez. Crisis de la existencia”, aseveró: “experimentar la vejez es experimentar una irreversible decadencia, anuncio de una muerte cercana” (p. 34). Empero, contraria a esta afirmación, Ana Rosa Domenella (2020) invita a ver la otra cara de la moneda, esto es, la investigadora plantea que la senectud es un período que conlleva felicidad, gozo y, ¿por qué no?, hasta cierto humor. Así, Domenella invita a aceptar la vejez “con estilo”, a leerla con “una mirada amable”,¹ pues considera que es una época en que se puede expresar con gratitud y alegría la dicha por haber vivido.

Es importante mencionar que la investigadora mencionada no es la única que tiene este sentir. Sillero de Cañete (2000) coincide con ella al afirmar que la vejez “Lo es menos para quien como yo, plenamente inserto en la condición de viejo, está empeñado en vivir esa etapa otoñal positivamente, dándole verdadero sentido y obteniendo de ella los mejores frutos: el otoño dorado de la vida” (p. 43). La ancianidad, pues, no debe ser mirada como sinónimo de degradación y muerte. En este sentido, el mismo Cañete dice que es importante establecer la diferencia entre vejez y envejecimiento: la primera es un estado, mientras que el segundo es un proceso que, generalmente, se asocia con la enfermedad. Dicho de otro modo, y con sus propias palabras, este último proceso “es el sufrir una progresiva decadencia que les lleva a la muerte, al cese de toda actividad vital” (p. 43). Sin embargo, en nuestra actualidad no se tiene conciencia de esta distinción: en automático, se asume que el ser anciano equivale a sufrir algún tipo de desgaste físico o cognitivo, el cual, además, se califica de irreversible o bien de implicar la pérdida de la capacidad psicomotriz.

Justamente, esta última mirada es la que discute Alaíde en su novela: se presenta una situación en donde el entorno determina qué es lo que pasa con la anciana que “sufre”, pero también está la voz de la vieja, que, desde que es consciente de su estado, toma ciertas decisiones que le permitirán asumir un proceso digno, apegado a sus propios fines.

¹ De ahí su interés por abordar autores como Mariana Frenk-Westheim, Ana García Bergua, Rosa Beltrán y Gabriel García Márquez, entre otros.

II

Hasta ahora, es obvia la existencia de ciertas miradas sobre el estado de la vejez. Para los fines de este escrito, retomaremos las perspectivas que consideran a dicho proceso desde una visión positiva, tal cual se hace en la novela *Como caracol...* En la narración se exploran las vivencias de una niña, Julieta, que se reencuentra con su abuela, la cual padece de alzhéimer. Tal historia lleva al objetivo de este escrito: profundizar sobre cómo el estado de Mariana, la abuela, afecta a las personas involucradas en su presente y pasado.

Antes de comenzar de lleno con el análisis, vale la pena hablar de la autora. Alaíde Ventura Medina (1985) nació en la ciudad de Xalapa, Veracruz, lugar donde realizó estudios de antropología en la Universidad Veracruzana. Más tarde, se trasladó a Ciudad de México para continuar con sus estudios de posgrado en la misma materia. Actualmente, radica en el Paso, Texas, donde está por concluir sus estudios de Maestría en Escritura Creativa. Durante siete años, laboró como guionista en el Canal Once, del Instituto Politécnico Nacional, donde obtuvo reconocimiento por su diseño de material de promoción televisiva. Es colaboradora en *Este País*, editora, correctora de estilo y traductora. Además de *Como caracol...* es autora de la novela *Entre los rotos*, reciente ganadora del premio Mauricio Achar 2019. Con sus dos publicaciones, Alaíde Ventura Medina se ubica entre las narradoras mexicanas más representativas de la literatura del siglo XXI. La joven veracruzana centra en sus dos novelas la temática familiar, así como la ausencia de comunicación entre padres e hijos, lo que nos muestra la búsqueda de la integración familiar como mecanismo de desplazamiento de la soledad en la conciencia de los personajes adolescentes.

En el caso de *Como caracol...* (2019), hay dos presencias femeninas fuertes: la de una adolescente, narradora, que conduce la historia, y Mariana, cuya enfermedad tergiversa el orden familiar. La novela inicia con la evidente falta de comunicación al interior de la familia de Julieta. Empero, desde fuera, se podría pensar que la dinámica es bastante funcional, puesto que ambos padres están “presentes” en la vida de la hija.

Más adelante, se advierte que, en realidad, el hogar lo rige una madre áspera y poco expresiva. Dice de ella la protagonista:

A mi mamá no le gustaba *nada*. No era grosera ni le hacía el feo a las cosas, no, pero nunca la vi emocionarse. Si hubiera tenido frente a sus ojos el primer cuadro impresionista pintado por un mono clonado, habría comentado: “está bien”. No tenía comida favorita, no escuchaba música y la noche antes de su cumpleaños dormía con la tranquilidad de quien no espera nada del día siguiente (p. 11).

Mientras que el padre, pese al cariño con la hija —en donde la dinámica de ambos consiste en pasar tiempo juntos y hacer chistes, aunque poco hablan de lo que sienten o les molesta—, tiene un evidente desapego con la esposa, así intente convivir y hacerse el simpático:

Mi papá era lo contrario. Le encantaba hacer cosas conmigo: jugar fútbol en el patio o ver concursos de chefs. Hacía chistes malos que sólo daban risa porque eran demasiado tontos, les sacaba conversación a los vendedores telefónicos y una vez se metió una cucharada de engrudo a la boca cuando mi mamá estaba decorando una piñata para mi cumpleaños (p. 11).

A medida que avanza el texto, es notable la hosquedad materna y la extrañeza del padre por lo que sientan su hija y su esposa. De hecho, su única vía de comunicación, la mayoría de las veces, es la mascota familiar: una gata, de nombre Gordoloba. No hay más familiares —nada de hermanos, tíos, primos—, salvo la abuela, quien poca conexión mantiene con la nieta al inicio del relato. Esto se debe a que la protagonista, por diversas circunstancias, no ha tenido la oportunidad de convivir con Mariana. Desconoce el porqué, desde tiempo atrás, su madre y su abuela se han distanciado, lo que pone de manifiesto que en la familia hay secretos, rencores guardados, silencios y mentiras.

Mariana, en el ahora de la narración, tiene alrededor de 60 años. De ella, Julieta recuerda de forma desdibujada su existencia, hasta que el día de su cumpleaños 16 recibe un envoltorio de periódico, que contiene una libreta de papel reciclado y su nombre bordado a mano, con letra manuscrita. Destaca en este regalo el conjunto de frases y pensamientos

célebres de diversos autores, elementos que fungirán como *leit motiv* de la narración y que impulsarán el contacto entre abuela y nieta:

Oculto entre los demás regalos, había algo del tamaño de un ladrillo, envuelto en periódico. No tenía tarjetita ni moño, y pesaba bastante. Tuve que quitarle tres capas de diarios viejos.

Era un cuaderno. En la portada tenía bordado mi nombre: Julieta. Las hojas eran finas, aunque algunas tenían manchitas: estaban hechas de papel reciclado. En las esquinas, había frases escritas a mano, como en las agendas de pensamientos positivos, con la diferencia de que estas frases sí eran geniales. Por ejemplo, ésta: “Cuando pronuncio la palabra *futuro*, la primera sílaba pertenece ya al pasado (Wisława Szymborska)”. Y esta otra: “Uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo la tierra” (Gabriel García Márquez) (p. 13).

Cada frase detonará una acción y una reacción, que lleva al conocimiento del pasado familiar, así como a la reconstrucción de una identidad determinada por el silencio y la ausencia. Julieta se cuestiona su pasado e inicia un recorrido memorístico, mediante el cual actualizará algunos hechos de su familia, con la finalidad de encontrarle sentido a su historia personal. Narra:

Es raro cómo funcionan los recuerdos. Algunos son inventarios: el día que aprendí la tabla del dos, la primera vez que escuché música de los Beatles, pero hay otros más complicados. No puedo recordar en qué momento exacto supe que mis papás eran mis papás, que yo era yo. Éstos son recuerdos que no empezaron: siempre estuvieron ahí. No se ponen en duda... hasta que sí. “Me llamo Julieta, no tengo tíos, no tengo primos y a mi única abuela casi nunca la veo”. Y, de pronto, la gran pregunta: ¿por qué no la veo? (p. 15)

De esta forma, actualizar el recuerdo es, para Julieta, un modo de reafirmar una identidad que hasta el momento desconocía, misma que será reforzada con el contacto con Mariana. Se trata, al decir de Todorov (2000), del diálogo del ayer con el hoy: “la memoria permite recuperar el pasado para otorgar sentido al presente” (p. 5). Así, el binomio abuela-nieta adquiere sentido a lo largo de la narración. Se establece una relación tan cercana entre ambas que, de algún modo, Mariana ocupa el

lugar que la mamá de Julieta no ha ocupado: el de una figura materna presente. La narradora empieza a definir su propio criterio familiar e individual. De este modo, la llegada de la abuela a su vida representa el primer paso para confirmar la propia identidad: empieza a darse cuenta del entorno y del lugar que ella quiere ocupar en él.

Aquí no se debe olvidar que Julieta no sólo se está reconstruyendo a sí misma, sino también a la abuela recién descubierta. Así, dicho proceso inicia con una visión externa. Julieta, mediante la reconstrucción de la abuela, devela ausencias y afectos familiares que le permiten reencontrarse con los otros —actualizarlos y comprender su presencia— y consigo misma en la historia familiar.

Un aspecto destacable es que la protagonista no comprende por qué su madre ha sido un obstáculo para la convivencia con un familiar tan importante como su abuela; incluso recuerda que sentía temor de preguntar por ella, ya que la incomunicación y frialdad de su progenitora se lo impedían. Después del reencuentro abuela-nieta, el aparente desapego materno se conserva, aunque dé paso a acciones favorables para mantener e incrementar la liga de aquellas, como cuando le proporciona la dirección de Mariana:

—Mi mamá y yo no tenemos relación desde hace años... —dijo, acercándose a mí—, pero eso no significa que no puedas tenerla tú. No voy a alejarte de la única familia que te queda.

Tras decir esto, me entregó el papel con descuido, como si me estuviera dando el dinero del *lunch*. Era la dirección de Mariana: calle y número (p. 16).

El acto materno incrementa los encuentros abuela-nieta, lo que genera que el trayecto identitario de Julieta y el de su abuela se desarrollen. En este proceso tendrán gran importancia los espacios en los que transcurren las acciones, dado que éstos funcionan como cronotopos² que impactan el avance de los acontecimientos narrados, en especial los que conciernen

² Para Mijail Bajtín (1989), el cronotopo como categoría estética determina las relaciones espacio-temporales en la novela, las cuales establecen una relación dialógica e intervienen y otorgan sentido al proceso constructivo de los personajes; en este caso, en especial en el de la protagonista y en el de su abuela.

a los dos personajes principales. Tres son los lugares físicos en los que se mueve la narradora: el hogar propio, la casa de Mariana y una librería. En estos escenarios, la narradora encuentra y recobra amorosamente a los otros: halla en ellos signos para la nostalgia y el enfado, pero también para la recuperación de lo perdido o lejano: un ejemplo es la cercanía con su madre. Así, la casa de Mariana se vuelve una representación del pasado familiar; la librería el despertar adolescente; y la casa materno-paterna el presente de la historia familiar, así como el sitio en donde se reafirman las identidades.

En la primera locación, la casa de Mariana, se cumple lo observado por Simone de Beauvoir (1920): para la abuela es relevante el vínculo con la nieta joven. Dice Beauvoir respecto de las abuelas y abuelos:

Éstos encuentran en el afecto que les demuestran un desquite contra la generación intermedia; se sienten rejuvenecer en contacto con su juventud. Fuera de todo vínculo familiar, la amistad de los jóvenes es preciosa para las personas de edad: les da la impresión de que el tiempo en que viven sigue siendo su tiempo, resucita su propia juventud, los trasporta al infinito del porvenir; es la mejor defensa contra la melancolía que amenaza a la edad proveyecta (p. 569).

En efecto, a Mariana convivir con Julieta la revitaliza y a Julieta le representa un momento de revelación familiar, así como un abanico de aprendizajes, que no había obtenido de su madre, lo que le da la oportunidad de conseguir pistas sobre el pasado de la familia. Dicho vínculo, con grandes dosis de ternura, hace partícipe a la protagonista de dos temporalidades: por un lado, la presencia de la memoria lejana, en donde Mariana y sus acciones tienen un significativo impacto en el interior de Julieta; por otro, el presente le permite también reconocerse como nieta, hija y parte de una familia que consideraba desintegrada. Este juego de temporalidades hace posible el nacimiento de una enorme admiración por Mariana, a quien ahora descubre como una arqueóloga importante, que, aunque se ha retirado de la academia, aún se mantiene en contacto con algunos colegas: a través de éstos, la nieta recupera una imagen más nítida de Mariana, fuente para que la intimidad entre una y

otra se magnifique. Es más, las dos mujeres logran una relación simbiótica, en la que una aprende de la otra.

Sin embargo, la enfermedad de Mariana irrumpe y trastorna la armonía de la relación recién formada. Durante un viaje a la Ciudad de México, la abuela sufre una caída. Con el accidente, la amnesia anterógrada sale a la luz. Julieta toma conciencia, entonces, de los síntomas que ha estado presentando su familiar: olvidos leves, pequeños desfases temporales, sentimiento de ausencia durante las convivencias. Arriba, así, la sospecha sobre un posible disturbio en Mariana, que más tarde se confirma como enfermedad:

Así, una vez estando con el médico, éste les confirma la terrible noticia:

—Tienes Alzheimer —dije, con la voz rota.

No era pregunta, así que Mariana no contestó nada. El doctor se sentó y comenzó a hablar lentamente, como un maestro. Lo primero que hizo fue soltar datos: cifras y porcentajes. Luego, nos contó sobre algunos pacientes suyos. Intentaba ser esperanzador, pero no había nada esperanzador en lo que decía. Su discurso se sentía gastado, era obvio que lo había repetido muchas veces. Algunas ideas eran más originales que otras, por ejemplo, la comparación del cerebro humano con un queso gruyer. Insistió mucho en que el deterioro de Mariana podía tardar años, que no teníamos que preocuparnos en ese momento...

—¿Ni siquiera con el golpe? —pregunté.

Mariana se apresuró a dar una explicación.

—Apenas te iba a contar... —le dijo al médico, y él alzó las cejas en un gesto cercano al horror. Luego me miró para ver si yo le daba más detalles, y le conté todo. Era la quinta vez que repetía esa historia de principio a fin. A él le preocupó mucho lo que le conté y ordenó unos estudios urgentes. De pronto, ya no estaba tan seguro de que el deterioro de Mariana pudiera tardar años (p. 142).

La caída y el posterior estudio médico revelan de forma abrupta la presencia irreversible de la enfermedad. También da paso a la idea de la vejez como sinónimo de debilidad, al menos para la visión de quienes rodean a Mariana. Por ejemplo, a medida que el alzhéimer avanza, Julieta descubre la fragilidad de su abuela: “Le di un abrazo fuerte. La sentí por primera vez pequeña, bajita, hasta un poco huesuda. Era una anciana. Tal vez, una anciana joven, si eso era posible, pero una anciana a fin de cuentas” (p. 135).

En el caso de *Como caracol...*, la vejez, el envejecimiento y la enfermedad se unifican en el anciano para dar inicio a un proceso de desgaste tanto físico como cognitivo, que además de ser padecido por el anciano también es algo que impacta a las personas de su entorno. En el caso de Mariana, la presencia del alzhéimer pasa a ser, para su familia, un aviso de la cercanía de la muerte. En este particular, se puede ver que, a partir del conocimiento de la patología, la narradora empieza a introducir nuevos trazos a la imagen que se había creado de su abuela: ya no puede verla como la mujer fuerte, llena de alegría que acababa de conocer —imagen que mantuvo por meses—; ahora la observa y, sobre todo, acepta la fragilidad de su existencia. Más adelante, cuando los olvidos de Mariana son cada vez más constantes, Julieta reflexiona: “Antes de dormir, me quedé pensando en que era muy raro que Mariana no se acordara de algo, aunque fuera un detalle pequeño. Ella tenía una memoria excelente” (p. 128). Esas observaciones y pensamientos revelan que la abuela padece ya los tres tipos de crisis que María Ofelia Ricciardelli (1994) distingue en el anciano: pérdida de la identidad, de la autonomía y de la pertenencia (p. 20), factores que empiezan a modificar la vida de Mariana, así como el modo en que su familia la trata.

En cuanto a ella, a diferencia de sus otros dos familiares (hija y yerno), asume la enfermedad de manera íntegra y digna: consciente de la pérdida parcial de la memoria, toma precauciones para enfrentar el momento en que la pérdida total se cumpla. Cuenta la narradora:

—¡Mariana tiene Alzheimer y por eso está haciendo preparaciones!

Mi papá se había quedado callado, pero ahora buscaba una oportunidad para reintegrarse a la conversación.

—¿Qué tipo de preparaciones? —preguntó.

Les conté que llevábamos meses guardando cosas en cajas, que yo siempre creí que era algún tipo de limpieza estacional, pero que ahora sabía que Mariana estaba guardando todo para comenzar a despedirse.

Mandó sus piezas arqueológicas al instituto; también fotos y archivos. Tiene 80% de los adornos de su casa en cajas, envueltos en papel burbuja. No los piensa volver a sacar, ¿entienden? Además, deja instrucciones...

—No estoy entendiendo —mi mamá había pasado de furiosa a confundida.

—Haz de cuenta: la receta de las albóndigas no solamente dice: “Mezcla la carne con cebolla y huevo”, sino que también dice: “Si los sartenes están guardados con llave, eso quiere decir que es peligroso que cocines” (pp. 148-149).

En este sentido, todas las prevenciones no sólo atienden los riesgos cotidianos; también buscan evitar molestias a la familia al facilitarles futuras decisiones. Por ejemplo, en un cassette, deja grabadas instrucciones para que, antes de que tengan que “limpiar [su] mierda” (p. 174) le sea administrada la muerte inducida. Todo ello ocurre porque en la protagonista anciana, envejecimiento y enfermedad coinciden (Sillero, p. 47). Esa unidad, lejos de llevarla a pensar en el deterioro que se avecina o en la muerte como una desgracia, la conduce a asumir que tanto vejez como dolencia son una oportunidad para, en primer lugar, disfrutar la coexistencia con la nieta, mientras que, en segunda instancia, también cree posible recuperar a la hija, que se mantuvo distante de ella durante muchos años.

Mientras todo esto sucede, Julieta deja claro que Mariana, a diferencia del anciano pasivo, subordinado y dependiente; lucha por conservar su autonomía. No ocurre igual con yerno e hija, que se empecinan en mantenerla “a salvo”, empero, su noción de “seguridad” significa mantenerla acostada, tranquila, sin actividad alguna. Los otros, pues, son quienes determinan el ser social, familiar e individual de la abuela, anulando su identidad e independencia. Dicha invasión impacta en el modo de ser de Mariana y también en el de Julieta, quien se irrita ante los tratos e imposiciones que recaen en su abuela. No advierten, hija ni yerno, un hecho inevitable, claro para la joven: con el alzhéimer, la ausencia de la mamá grande ya ha iniciado. Es decir, Mariana muere cognitiva, afectiva y emocionalmente antes de hacerlo de forma física, pues se separa poco a poco de las capacidades de captación, observación, análisis y decisión, tan requeridas para alimentar la identidad, así como la autoestima. En consecuencia, la narradora recrimina que los constructos sociales y familiares pongan al anciano como depósito de compasión, a la vez que todos sus sentires sean desacreditados. También recrimina que, desde esa perspectiva, se le considere un ente que no puede decidir por sí mismo,

que ya no es útil, aunque —olvidando considerar la importancia de la calidad de existencia o de la existencia digna— deba mantenerse en vida como agradecimiento por ser origen de la familia, o porque no se puede atentar contra la “sagrada” vida, o porque daría pie a la crítica de las otras familias de la sociedad.

Además, la idea de Julieta va más allá de la simple recriminación: propone valorar y apoyar la historia personal, la identidad, así como el mundo interior de la anciana. Relata, hasta con rabia, cómo su abuela ha decidido seguir un camino digno frente a la vejez, la enfermedad y la muerte pues, consciente del alzhéimer durante su primera etapa, cuando todavía tiene momentos de lucidez, ha evitado alterar el día a día de los otros con sus pequeños olvidos, desmayos y pérdida motriz; ha previsto su integridad física con notas acerca de los peligros de su contacto con los objetos del hogar; a la vez que ha hecho un testamento personal, cuya cumbre es autorizar la muerte asistida.

Finalmente, Julieta narra, también, los días finales, cuando la herencia de lo vivido se clausura con la pérdida de lenguaje y motricidad, aunque por momentos, entre sueño y vigilia, recobre la anciana, brevemente, instantes de lucidez. Quiere recuperar incluso lo difícil del final: orinarse en las escaleras, emitir sonidos poco coherentes, inconexión con personas y actos, etc. La actitud de esta narradora convence a hija y yerno de aceptar las circunstancias adversas de Mariana, respetar su intimidad y mantener comunicación constante con ella, con el fin de actualizar su memoria, rescatar recuerdos que le fueron importantes, transmitirle ternura y seguridad, aun en los momentos de crisis. He aquí un ejemplo de cómo vivió Julieta esos días terminales, que sirvieron de modelo a los padres:

Los días siguientes mantuve un perfil bajo. Acompañé a mi papá al súper y a lavar el coche, y pasé horas jugando Scrabble con Mariana. A veces se quedaba un rato viendo el tablero sin recordar si era su turno. Estar con ella comenzaba a sentirse igual que estar sola. Era como si de pronto yo me hubiera vuelto transparente. Su mente se iba no sé a dónde, se olvidaba de mi compañía. Sus respuestas eran demasiado predecibles, lo mismo que sus jugadas, que ya sólo eran monosílabos. Nuestras conversaciones parecían interrogatorios, se limitaba a responder lo que yo le preguntaba, pero una vez que terminaba la frase se quedaba en silencio (p. 257).

Con todo esto, la vida en común, cercada por el mal y la tristeza, se puebla con el develamiento de algunos secretos, la disipación de los malévolos rencores, la justificación de ausencia y hosquedades. Los puntales de la vida perdurable toman forma. A partir del reencuentro familiar, es notable, por ejemplo, la liga entre madre e hija, que incluye al padre:

Comimos *pizza* directo del microondas, sin plato ni servilleta. Definitivamente, alguien había cambiado a mi mamá por una versión más relajada.

—Así que Hun es tu novio... —dijo, quitándole el exceso de grasa a su rebanada.

—Sí —contesté, con la vista hacia el piso.

Me miró como si me estuviera conociendo por primera vez, como si no hubiéramos vivido los últimos diecisiete años en la misma casa. Me dijo que estaba orgullosa de mí, de la persona en la que me había convertido. A cada frase, se le quebraba más la voz.

Al cabo de un rato, comenzó a llorar de nuevo. Mi papá escuchó los sollozos y vino hacia nosotras. La abrazó y le preguntó por qué lloraba.

—De alegría, Juanjo —dijo ella y él la miró con cara de confusión (pp. 321-322).

De este modo, mientras más se acentúa el deterioro de Mariana, más se fortalecen los lazos familiares, hasta que, en los momentos previos al deceso, los tres forman una familia plena, tierna, amorosa, capaz de mostrar sus sentimientos y solidarizarse entre sí: la enfermedad de Mariana resignifica a la familia. Liberadas del pasado, madre e hija asumen el duelo con la presencia del perdón que, en otro contexto, Paul Ricoeur nos dice es el momento del reencuentro con la deuda con los muertos y la historia como sepultura (p. 643). En el caso de la relación genealógica abuela/nieta, madre/hija, ésta se define como la razón principal entre la deconstrucción del pasado y la construcción de una identidad familiar que se encontraba soterrada por rencores y silencios mutuos.

Por ende, la unión de ésta en la novela representa una nueva sociedad, identificada como del afecto por Alba Pons Rabasa y Siobhan Guerrero Mc Manus (2018), quienes proponen que en el contexto de la incomunicación que prevalece en el siglo XXI, más el avance de la tecnología y la presencia de la llamada aldea global, surge una nueva sociedad, dominada por el afecto y la razón:

Parece entonces que, en una suerte de ironía, las sociedades del conocimiento son, asimismo, las sociedades del afecto. Se cruzan en dichas sociedades la reflexión y la información con la emoción misma, y todo juicio en ellas construido se enfrenta súbitamente con el percatarse de la interpenetración entre afecto y razón. La vida política se descubre de pronto atravesada ya por afectividades, que igual nos unen o nos separan (p. I).

En el caso de la novela, la enfermedad de Mariana y los afectos que desencadena logran restaurar el tiempo perdido, así como la resignificación de los sentimientos ausentes u ocultos, tal como lo vive en algún momento Julieta:

Cuando terminamos de regar el jardín, Mariana me dijo que el laurel también servía para darle sabor a los platos italianos y que cocinaría una pasta. La ayudé a alcanzar los ingredientes que estaban más arriba en la alacena, luego rallé el queso y puse la mesa. Mientras cocinábamos, me di cuenta de que Mariana chupaba el cucharón para calcular la sal y los condimentos. Luego lo volvía a meter a la cacerola y seguía moviendo. Hizo esto cuatro o cinco veces. No me dio asco verlo, y tampoco pensar que al rato esa salsa con un toque de saliva me la iba a comer yo. A mí, que no me gustaba compartir botella de agua ni prestar mis calcetines, me tenía sin cuidado el “fetuccini a la Mariana”. Yo veía en su cucharón algo más cercano al amor que a la baba. Será que así se sentía estar en familia (p. 153).

En resumen, después de leer la historia de *Como caracol...*, es posible decir que Alaíde Ventura Medina ha escrito una novela delicada y amorosa sobre la vejez en esta época contemporánea. Toma, sí, la concepción de dicha etapa como una circunstancia biológica y emotivo-afectiva marcada por la adversidad —que podría evitarse si los otros, jóvenes y adultos, no la consideraran como el pórtico de la enfermedad o la muerte degradada—, mas lo hace para proponerla como una fase de saber acumulado, experiencia valiosa, fuente de ternura, así como de revaloración tanto de las conquistas como de las caídas. Esto es, como una fase de dignidad, llena de alegrías compartibles. Es el contraste de estas concepciones sobre la vejez lo que permite tramar a un personaje como Mariana, excelsa cuando enfrenta el mal o el fallecimiento; sin dejar de lado a Julieta, que admira, a la vez que reconstruye, la vida de una mujer, cicatriza viejas heridas fami-

liares, lo que reanima los afectos entre abuela y nieta, madre e hija, suegra y yerno, esposa y esposo, padre-madre e hija.

Alaíde Ventura Medina, pues, aboga por el poder de los afectos, la inclusión, el respeto a la diferencia, todos estos elementos capaces de abonar el nacimiento y desarrollo de un mundo regido por la razón, la imaginación y los sentimientos; un mundo lleno de ternura, cuerpos dignos e identidades valiosas; un mundo solidario con el otro, como en otra área de creatividad humana lo vio Aldo Carotenuto (2001):

El encuentro emotivo es tan prodigioso porque a través de él sentimos existir. Y, en efecto, el grado de autonomía e independencia de un individuo se mide precisamente por su capacidad de experimentar la ausencia, no estamos hablando de una personalidad aislada (también el aislamiento escenifica una cobertura del vacío), sino de un individuo que logra apreciar tanto la compañía de los otros, el calor del otro, como la soledad, porque reconoce en ella un aspecto inexorable de su experiencia humana (p. 84).

Y en ese mundo, propone Ventura Medina, habrán de convivir la presencia y la ausencia y la alegría y la tristeza, pues ellos hacen posible apropiarnos del otro, incluso en los momentos de duelo. Seamos, entonces, Mariana y Julieta, para que la vejez y la enfermedad –si fuese el caso– más que vía hacia el olvido, el rencor, la burla y el aislamiento sean una ruta en pos de la integridad, el diálogo, la solidaridad y la dignidad humanas.

Referencias

- AHMED, S. (2017). *La política cultural de las emociones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- BEAUVOIR, S. (2020). *La vejez*. Buenos Aires: Editorial Hermes.
- BAJTÍN, Mijail. (1989). *Teoría y estética de la novela*. España: Taurus.
- CAROTENUTO, A. (2001). *Amar y traicionar. Casi una apología de la traición*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- DOMENELLA, A. R. (2020). *Literatura y vejez: Escritoras y escritores contemporáneos*. Véase <https://www.youtube.com/watch?v=bBGxyV4clew>
- LOZANO CARDOSO, A. (2009, abril-junio). El movimiento, el tiempo y la vejez. Crisis de existencia. *Universidades*, 41, 33-37.
- PONS RABASA, A. Y GUERRERO MC MANUS, S. (2018). *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista*. México: Universidad Autónoma de México.
- RICCIARDELLI, M. O. *El voluntariado en la tercera edad*. Véase https://www.solucionesong.org/ficheros/4c938e3f81826/14_EL_VOLUNTARIADO_EN_LA_TERCERA_EDAD.pdf.
- SILLERO F. DE CAÑETE, J. (2000). Reflexiones sobre la vejez y el envejecimiento. *Seminario Médico*, 52(3), 43-65. Véase <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1202293>.
- SUAYA, D. (2015, septiembre-diciembre) El cuerpo de la vejez desde una perspectiva de género. Aproximaciones desde la vejez de Simone de Beauvoir. *Cuadernos CADES*, [35 (97)]. Véase <https://doi.org/10.1590/CC0101-32622015150382>.
- TODOROV, T. (2000) *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- VENTURA MEDINA, A. (2018) *Como caracol...* México: SM Ediciones.
- VENTURA MEDINA, A. (2018). *Entre los rotos*. México: SM Ediciones.
- [VENTURA Medina, 2020, <https://estepais.com/blogs/la-noche-de-la-demencia/>.]

